

La soledad del cuerdo de Lola Benítez Molina

Antonio García Velasco

Lola Benítez Molina
La soledad del cuerdo
Granada Club Selección
Granada, 2015
132 páginas

Estamos ante la primera novela de Lola Benítez Molina. En ella se plantea el contraste entre un amor platónico y el amor que ha llevado al matrimonio. El inicio de la obra ya nos revela las características de los sentimientos y el marco en el que nace dicho amor plantónico: “Cuando lo conocí, ya era un prestigioso escritor y psiquiatra del hospital “Mount Sinai” de Nueva York, de ese tipo de hombres que no pasan inadvertidos, sumamente atractivo, varonil y, además, gozaba de una educación exquisita. Te reías con su idea y una persona que te hace reír siempre es atrayente. // La verdad es que me impactó a primera vista. Una especie de flechazo, diría...” El personaje narrador es una mujer que, acompañando a su marido, becario en el departamento de investigación con células madre, comienza a trabajar como enfermera en el citado hospital de Nueva York.



Allí conoce al doctor Stanton. Pese a encontrarse en un ambiente nuevo, de “vida vertiginosa”, con los problemas de un traslado, la consiguiente búsqueda de colegio para los dos hijos, ya nos confiesa que “Mi marido y yo apenas teníamos tiempo para nosotros. La monotonía de pareja se había instalado, había hecho su feroz acto de presencia. Sólo salíamos cuando el compromiso era ineludible”. Tenemos, pues, los dos elementos que bien pudieran considerarse los “ingredientes” argumentales de la narración: por una parte un atractivo doctor al que admira como hombre,

como profesional, como persona que la hace reír; y, por otra, una relación de pareja con el marido instalada en la rutina, que ella misma califica de feroz.

El doctor Stanton tiene un interés desmedido por las investigaciones con células madre con la esperanza de que se encontrara un remedio para su esposa aquejada de Alzheimer, esposa con la que “se deshacía en cuidados y mimos”, aunque “las mala lenguas decían que era todo un auténtico donjuán”. Nuevo “ingrediente” de la trama novelesca.

Un nuevo personaje irrumpe en el relato, el íntimo amigo de Richard Stanton, el escritor español, de éxito, Gustav, del que la narradora nos cuenta la historia como lo hiciera un escritor de técnica omnisciente, aunque se puedan justificar tales conocimientos por la conversaciones con el doctor: ambos se conocieron siendo niños en las calles de Granada.

Un rasgo de Gustav: “...está tan sumamente cuerdo que tiene que visitar asiduamente al psiquiatra. Parece un contrasentido, pero la realidad lo abruma. Piensa que puede que haya otra vida, pero el cuerpo sí es perecedero, realidad que lo atormenta hasta rayar en la locura”. Y más: Dana, su pareja: “Dana es su equilibrio, siempre lo ha sido; lo entiende y sufre en silencio. Sin ella, la furia del caballo lo hubiese desbocado...”

Técnicamente hemos de observar que la historia que nos cuenta de Gustav y la información ofrecida sobre este recién conocido, ocurre mientras el escritor espera a su amigo, el doctor: “En ese momento salió Richard del despacho y le comuniqué que alguien lo esperaba: / -No me digas quién. Seguro que se trata de mi buen amigo Gustav. ¿Es un hombre bien parecido, con una mochila a la espalda? / -Bien parecido sí, pero yo no le he visto ninguna mochila. / -Te equivocas, querida. Sí la lleva y como él mismo dirá: “Solo llevo en mi mochila la mirada tierna de una mujer, un verso sin concluir y el pan de mi rebeldía”. Así es él. / Cruzaron sus miradas y se fundieron en un eterno abrazo”.

Las relaciones entre el doctor y la enfermera continúan con la proximidad y la distancia de sus respectivas situaciones familiares, aunque a veces coman juntos y hablen con aparente normalidad: “...Lo cierto es que no me apetecía nada, solo con mirarlo a él ya me alimentaba”. El lector se ha de plantear necesariamente –estamos todavía en la página 19- por el futuro de aquella relación. En la comida quedan justificados los conocimientos sobre Gustav que ya nos había adelantado la narradora: “...me relató como se conocieron”.

Junto a la historia de la lucha de sentimientos de la que la narradora nos va dando cuenta, se salpican historias clínicas de pacientes que llegan al hospital y ella conoce de primera mano, o a sufrir como los acosos del que fuera compañero de trabajo.

Otro personaje que va a tener importancia es la historia es Graciela, una doctora joven, originaria de Veracruz, divorciada que llega al departamento de Psiquiatría de Richard para perfeccionar sus estudios. Se hacen amigas, pero “no puedo negar que me sentía celosa”. El carácter de las dos mujeres es contrapuesto. La recién llegada es espontánea, nuestro personaje narrador

“siempre meditaba antes de hablar”. ¿Resultaría Graciela más atractiva para el doctor que ella?

Caracteriza esta novela, además de la técnica del personaje narrador, con ciertos momentos de escritor omnisciente, un lenguaje directo y eficaz y una nota que, aunque no sorprendente, sí tiene una fuerte dosis de homenaje al padre de la autora, Carlos Benítez Villodres, ya que de éste son los dos poemas que transcribe, atribuidos a Richard, muy, a propósito de la línea argumental.

Decía Ortega y Gasset en *Ideas sobre la novela*: “Es prácticamente imposible hallar nuevos temas. He aquí el primer factor de la enorme dificultad objetiva y no personal que supone componer una novela aceptable en la presente altitud de los tiempos”. Y no obstante, sobre las relaciones interpersonales, sobre el amor, sobre la condición de los seres humanos, aun sin ser novedosos los temas –no tienen por qué serlo, pese a Ortega-, Lola Benítez escribe su primera novela de modo mucho más que aceptable, sobre todo, porque el lector goza con la mera narración, llegando a comprender por qué se nos habla de “la soledad del cuerdo”.